

piada (πιστεύειν κυρίως) en la Escritura sin ver (μη θεωρῶν) en ella el sentido del Espíritu Santo, que Dios quiere se crea más que lo querido por la letra? Respecto de esto hay que decir que ninguno que de los que se conducen según la carne (cf. 2 Co 10,2) cree en las realidades espirituales de la Ley, de las que ni siquiera se imagina el principio.³⁰¹ Por lo demás, comprendiendo mal lo dicho por el Señor a Tomás hacia el final del Evangelio de Juan: "Bienaventurados los que no ven pero creen" (Jn 20,29), se afirma que son más bienaventurados los que no ven y creen que los que han visto y creído. No es posible, pues, que sean más bienaventurados los que no ven y creen que los que han visto y creído.³⁰² Según su interpretación, por cierto, serían más bienaventurados que los apóstoles los que vinieron después de los apóstoles, lo que es totalmente insensato (ὅπερ ἐστὶ πάντων ἡλιθιώτατον). Es necesario que vea con la inteligencia las cosas que se creen, el que ha de ser bienaventurado como los apóstoles (ἰδεῖν δὲ τῷ νῶ τὰ πιστευόμενα δεῖ τὸν ἐσόμενον μακάριον ὡς οἱ ἀπόστολοι), siendo entonces capaz de escuchar "Bienaventurado vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen..." (Mt 13,16 — Orígenes, *Joh. Com X* 300-302).

Los artículos del P. José María Blanco S.I. en la revista *Estudios sobre la evolución y las teorías antropológicas de Ameghino*

por Miguel de Asúa
Usal-Conicet

"All Glory, therefore, to Galileo and Pasteur for their brilliant achievements! But while sounding the praises of the victors, let us not forget the honors due to those who battled long and gallantly only to suffer defeat in the end. By their very persistence and the stubbornness of their contest, they enhanced not only the splendor of the results obtained by their conquerors, but they also labored effectually, albeit indirectly, for the attainment of the same object which was had in view by their antagonists—the truth, the advancement of science, and the placing of it on a surer and firmer foundation".¹

John A. Zahm C.S.C., *Evolution and Dogma* (Chicago, 1896)

El P. José María Blanco S.I. (1878-1957) es conocido en ambientes no eclesiales por haber sido uno de los críticos más obstinados de las teorías antropológicas del paleontólogo argentino Florentino Ameghino (1853-1911). Convencido enemigo de la teoría de la evolución en cualquiera de sus versiones, Blanco desplegó y guió desde las páginas de la revista *Estudios* una campaña en contra de las ideas evolucionistas que se extendió por casi una década (1916-1925). La culminación de este esfuerzo, concentrado en refutar la teoría de Ameghino acerca del origen del ser humano en América durante el período Terciario, fue la denuncia de uno de los fraudes científicos más notables que tuvieron lugar en la Argentina. Vista desde la perspectiva de jesuitas más ilustres —el P.

¹ ¡Toda la Gloria, pues, a Galileo y Pasteur por sus brillante logros! Pero mientras cantamos loas a los vencedores, no olvidemos los honores debidos a aquellos que batallaron larga y gallardamente solo para ser vencidos al final. Por su persistencia y por la obstinación de su combate, no solo dieron relieve al esplendor de los resultados obtenidos por los conquistadores, sino que trabajaron efectiva, aunque indirectamente, por el logro del mismo objeto que sus antagonistas tenían a la vista —la verdad, el avance de la ciencia, y la construcción de esta sobre un fundamento más firme y más seguro.

Teilhard de Chardin S.I. (1881-1955) fue contemporáneo de Blanco— la obstinada polémica de este contra la teoría de la evolución resulta obsoleta y desencaminada. Lo interesante de este paradójico caso es que fueron sus ideas anti-evolucionistas las que lo llevaron a desconfiar de la impostura que celebraba la confirmación de las teorías ameghininas por los hallazgos arqueológicos en las barrancas de Miramar. El siguiente relato no se propone, ni mucho menos, reivindicar la postura anti-evolucionista de Blanco a partir de sus resultados. Su propósito es más propiamente histórico y consiste en explorar este episodio como uno de los más significativos en la historia del encuentro, con frecuencia crispado, entre las ideas evolucionistas y los católicos en la Argentina.

El P. José María Blanco S.I.

José María Blanco nació en Galicia y llegó de niño a Buenos Aires.² Estudió en el Seminario Conciliar de esta ciudad y luego ingresó en la Compañía de Jesús. Después del noviciado en Córdoba (Argentina), pasó a España a estudiar la filosofía en Tortosa, ciudad de la comarca del Bajo Ebro, en la provincia de Tarragona (Cataluña). Durante los tres años de magisterio enseñó física, química y ciencias naturales en el Colegio del Salvador de Zaragoza (Aragón), mientras que pasaba los veranos en el laboratorio de Javier Pujiula en Tortosa. El P. Javier Pujiula (1869-1958) fue un biólogo jesuita que después de la filosofía estudió dos años de ciencias naturales en Holanda y, una vez ordenado, pasó a la Universidad de Innsbruck y luego se doctoró en el Instituto embriológico de la Universidad de Viena. Al volver a España, en 1908, organizó en Roquetas (Tortosa) el Laboratorio Biológico del Ebro, que se inauguró en 1910 en el edificio del Instituto Químico que allí había instalado el P. Eduardo Vitoria S.I. en 1905. También en ese año el P. Ricardo Cicera S.I. había fundado en el mismo lugar el Observatorio Astronómico del Ebro. Estas iniciativas científicas fueron producto de la decisión del Provincial Lluís Adroer de crear centros de formación en las ciencias en unos terrenos que la Compañía tenía cerca del Seminario de Tortosa. En 1916 los laboratorios de química y biología se mudaron a Sarriá, en la ciudad de Barcelona, como Instituto Biológico y Laboratorio Químico de Sarriá. Durante toda su vida Pujiula fue un fervoroso anti-evolucionista, en particular en

² Esta sección no pretende ser una biografía del P. Blanco. Solo se ponen de relieve aquellos datos relativos al tema del artículo. La fuente es la nota necrológica: "El padre José María Blanco († 9 de agosto de 1957)", *Estudios* n° 487 (sept.) 1957, págs. 53-58.

lo que concierne al origen de la vida y el origen del hombre.³ Terminada la teología y ya ordenado, Blanco volvió al Río de la Plata en 1913. En Montevideo organizó un laboratorio de química en el colegio de los jesuitas y tres años más tarde se incorporó como Profesor de ciencias naturales al Seminario Pontificio de Villa Devoto, donde impulsó la enseñanza de las ciencias y organizó la Academia de Filosofía (en ese momento el seminario adquirió la facultad de expedir títulos). Ese año de 1916 Blanco comenzó a publicar sus artículos en *Estudios*, los que se extendieron casi por una década, hasta 1925, cuando dejó el profesorado en el Seminario. Los trabajos se orientaron hacia la paleoantropología, disciplina que, como muchos de los que la practicaban entonces, aprendió como autodidacta. Mientras tanto, Blanco juntaba moldes, cráneos y material fósil, y efectuó algunas excursiones científicas. A partir de 1917 comenzó a colaborar en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, con artículos sobre los Ejercicios y vidas edificantes. Debido a su actividad de periodista y de conferenciante itinerante y a las polémicas que protagonizó, Blanco alcanzó una cierta notoriedad pública en su época —dio charlas en Rosario, Santa Fe, Córdoba, Tucumán, Mendoza, San Juan, Chivilcoy, Tandil y Bahía Blanca. En 1924 se hizo cargo de las cátedras de ciencias del Colegio del Salvador, donde organizó laboratorios y a cuyo museo donó su colección de antropología que a esta altura sumaba alrededor de cien piezas craneanas. A partir de esta época ya actuó como escritor católico general. En 1925 Blanco reemplazó en la cátedra de filosofía de los Cursos de Cultura Católica al sacerdote tradicionalista vasco P. Zacarías de Vizcarra vinculado a Ramiro de Maeztu, entonces embajador en la Argentina.⁴ En 1926 se hizo cargo de la revista *El Salvador*, que dirigió durante ocho años. En la crisis de la revista *Criterio* de fines de 1929, cuando por acción de la jerarquía la revista se encuadró dentro de la Acción Católica, Blanco fue nombrado delegado de la autoridad diocesana ante el consejo directivo a tal efecto hasta que *Criterio* quedó en manos de Mons. Franceschi —en este caso también reemplazó a Vizcarra, muy cercano a los grupos católicos nacionalistas

³ Francisco Teixidó Gómez, "Jaime Pujiula Dilmé (1869-1958)", en URL= <http://citologica.org/ftexido/259/jaime-pujiula-dilme-1869-1958/>, visitado el 22 de octubre de 2009; Lluís Victori i Companys SI, "Introducción", en URL = http://www.clipmedia.net/galera/IQS/Conv/2007/121907_Inauguracio_curs/intro%20pujiula.pdf, visitado el 22 de octubre de 2009; Justo Barranco, "Fe y química son compatibles. El Institut Químic de Sarriá", *La Vanguardia* (Barcelona), 9 de octubre de 2005, Revista, pág. 7.

⁴ "Zacarías de Vizcarra (1880-1963)", en URL= <http://www.filosofia.org/ave/001/a216.htm>, visitado el 26 de octubre de 2009.

argentinos.⁵ A partir de 1928 Blanco se dedicó a escribir historias de mártires jesuitas para ser presentadas a la Comisión Histórica de la Sagrada Congregación de Ritos: la *Historia documentada de los mártires de Caaro e Ijuí*, sobre los mártires rioplatenses, y la *Historia documentada de los mártires de Elicura*, en 1936 en Chile. Posteriormente fue asignado a Córdoba (Argentina), donde amplió y reorganizó el Colegio de San José como su director. En 1942 publicó la *Vida Documentada de la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa*. A partir de 1944 fue trasladado al Colegio del Salvador en Buenos Aires, del que unos años más tarde fue prefecto. Durante la última década de su vida el P. Blanco siguió dedicado a la administración educativa, desarrolló una intensa actividad apostólica de retiros y ejercicios, y escribió nuevas biografías de religiosos y religiosas. Hacia 1950, año en que Pío XII promulgó la *Humani generis*, que abrió tibiamente la puerta a la teoría de la evolución, Blanco consideraba que el árbol genealógico del hombre de Peking, en cuyo hallazgo participó Teilhard de Chardin, era "pura mistificación".⁶ El P. Blanco murió en 1957.

Haeckel

Los primeros artículos de Blanco en *Estudios*, publicados a fines de 1916, son una crítica al *Credo* de Ameghino que había aparecido una década atrás.⁷ Señalar las inconsistencias de este libro no era tarea demasiado complicada para alguien con educación filosófica. El *Credo* ameghiniano guarda un cierto paralelo con *Los enigmas del mundo* (*Die Weltrüthsel*, 1899) de Ernst Haeckel, en cuanto ambos expresan una cosmovisión naturalista y evolutiva.⁸ Haeckel sostenía un monismo panteísta, que sus adversarios consideraban un materialismo a secas. Este monismo era casi una religión secular que se encarnó en la Liga Monista (*Monistenbund*) creada en 1906, a la que en 1907 se le opuso una agrupación alternativa, la *Keplerbund*, constituida por científicos

⁵ Lorena Jesús, "Católicos y nacionalistas en los orígenes de la revista *Criterio*, 1928-1930" (2007), URL=<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/jesus.pdf>, visitado el 26 de octubre de 2009.

⁶ Citado en "El padre José María Blanco", pág. 57.

⁷ José M. Blanco, "El 'Credo' de Ameghino", *Estudios* 11 (1916): 251-259 y "La vida en el Credo de Ameghino", *Estudios* 11 (1916): 335-355.

⁸ Ya fue señalado que *Mi Credo* tuvo como modelo a Haeckel y a las obras de Albert Gaudry, geólogo y paleontólogo del Museo de Historia Natural de París. Ver Irina Podgorny, "Bones and Devices in the Constitution of Paleontology in Argentina at the End of the Nineteenth Century", *Science in Context* 18 (2) 2005, 249-283, pág. 253.

protestantes alemanes.⁹ El pensamiento de Ameghino, que uno de sus biógrafos y discípulos calificó como "un ateísmo optimista entremezclado con un panteísmo total y un cientificismo materialista no menos completo",¹⁰ tenía afinidad con el monismo haeckeliano. No es ilógico que tanto Haeckel como Ameghino, que negaban todo tipo de religión excepto la de la ciencia, fuesen considerados una *bête noire* por los católicos.

En el verano de 1916-1917 la revista *Estudios* publicó cuatro conferencias tituladas "La evolución antropológica y Ameghino", que Blanco había dictado unos meses antes en el Colegio del Salvador y que habían sido reproducidas en *La Nación*.¹¹ El médico higienista Angel Giménez saludó las charlas con un artículo en la revista *Nuevos Tiempos* titulado "La Iglesia Católica contra Ameghino". Este conocido militante socialista declaraba allí que "hoy se extreman los ataques del catolicismo y en particular de los jesuitas [contra Ameghino]. Un soldado de San Ignacio de Loyola, el jesuita Blanco, ha iniciado el fuego, en publicaciones y conferencias".¹² En el periódico socialista *La Vanguardia* también arreciaron las críticas a Blanco, por partidarios no especialistas.¹³ Giménez estaba en lo cierto. En ese año los católicos sacaron a relucir el certificado de nacimiento de un tal Fiorino Ameghino de Moneglia (Liguria) que los socialistas —arrastrados a una paradójica defensa de la nacionalidad argentina del sabio— consideraban había sido fraguado. En la reunión ordinaria del 25 de agosto de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, el diputado socialista Dickmann propuso destimar \$5.000 para expropiar y mantener la casa de Ameghino en Luján, "para que los niños argentinos que han de hacer peregrinaciones hasta ellas puedan inspirarse con el espíritu de Ameghino".¹⁴ Blanco jamás mencionó esta

⁹ Robert J. Richards *The Tragic Sense of Life. Ernst Haeckel and the Struggle over Evolutionary Thought* (Chicago, University of Chicago Press, 2008), págs. 352-356 y 398-403.

¹⁰ Fernando Márquez Miranda, *Ameghino. Una vida heroica* (Buenos Aires: Nova, 1951), pág. 169.

¹¹ José M. Blanco, "La evolución antropológica y Ameghino", *Estudios* 11 (1916): 419-440 y 12 (1917): 8-28, 101-121 y 180-202.

¹² Reproducido como prólogo en *Ameghino. Homenaje de la Sociedad Luz en el XXV aniversario de su muerte, 1911-Agosto 6-1936* (Buenos Aires: Sociedad Luz, 1936), págs. iii-vii.

¹³ Silvino Martínez, "Ameghinismo y ameghinofobia", *La Nación*, 2 de septiembre de 1917.

¹⁴ Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados. *Diario de Sesiones. 63º período 1916* (La Plata: Taller de Impresiones Oficiales, 1917), pág. 1057. El artículo que llamó mi atención a esta discusión fue Irina Podgorny, "De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia

cuestión en sus artículos. El diputado católico De Nevares afirmó que "es un error creer que el señor Ameghino nació en Luján", debido a la partida de nacimiento extendida el 19 de septiembre de 1853 en Moneglia, Génova y a la ausencia de la partida en Luján. Con lo cual pidió suspender la ley que asignaría la plata a los fines propuestos por los socialistas "para confirmar si es o no exacto que ha nacido en Luján el señor Ameghino".¹⁵ Dickmann respondió afirmando que no había examinado el documento "pero sí he tenido múltiples biografías" y admitió que no nació en Luján "al solo título de hipótesis".¹⁶ A la larga se votó una comisión parlamentaria de tres miembros que llevaría a cabo la correspondiente investigación junto con la que tendría que efectuar el Poder Ejecutivo de la provincia.

En esas conferencias Blanco expuso lo esencial de los temas que desarrolló en los años siguientes. Comienza con una crítica a la *Filogenia* (1884), pero su objetivo no es, como señala, "juzgar en toda su extensión la obra de Ameghino" sino convocar "al tribunal de la crítica su obra antropológica".¹⁷ A esta altura es casi redundante señalar que la hipótesis del origen del hombre en la Pampa estaba incrustada de significaciones patrióticas. Convencido de su falsedad, Blanco advierte que "el error no tiene patria. Y cuando se confunde la causa de la patria con la causa del error, se expone a la patria a las críticas del mundo".¹⁸ No parece que Blanco hubiese estado familiarizado con Darwin —por lo menos, nunca lo cita directamente. Pero lo que sabía le bastaba para darse cuenta de que en este libro de Ameghino la mención de la teoría de la selección natural era solo un gesto reverencial. *Filogenia* es una obra que utiliza un esquema teórico *a priori* para construir árboles filogenéticos al estilo de la *Historia Natural de la Creación* de Haeckel (1868). En efecto, ya ha sido señalado que, a pesar de que Ameghino declara no conocer a Haeckel, el libro se inscribe en el tipo de pensamiento del evolucionista alemán (Barrancos 103-107).¹⁹ Tal como Lamarck, Ameghino emite varios principios evolutivos con categoría de leyes y, mediante el uso de fórmulas dentarias y digitales, formula series filogenéticas con la aspiración de formalizar lo que, en el mejor de los casos, era un ejercicio basado en una intuición educada por la experiencia, e imaginativo en muchos de ellos. Una de esas series es la que corresponde al origen del

en la Argentina moderna", *Entrepasados* 13 (1997): 37-61.

¹⁵ *Ibid.*, 1057.

¹⁶ *Ibid.*, 1058.

¹⁷ José M. Blanco, "La evolución antropológica y Ameghino [IV]", *Estudios* 12 (1917), en pág. 202.

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ Dora Barrancos, *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores (1890-1930)* (Buenos Aires: Plus Ultra, 1996), págs. 103-107.

hombre. Ameghino estaba convencido de que las formas intermedias arrojadas por su deducción existían. Pare él, los eslabones de la cadena como *Tetraprothomo*, *Triprothomo* y *Diprothomo* eran otras tantas predicciones que debían ser comprobadas.²⁰ Tal confianza no era totalmente injustificada. De hecho, Eugène Dubois, el médico holandés que halló los restos fósiles de *Pithecanthropus erectus* en Java en 1891, fue movido por una similar fe ciega en una predicción de Haeckel.²¹

En los números de agosto y septiembre de 1917 *Estudios* también publicó un artículo en dos partes sobre Haeckel y su ley biogenética.²² Su autor era Silvino Martínez [Arranz] (1898-1961), un seminarista de Buenos Aires alumno de Blanco, que llegó a ser obispo de San Nicolás y de Rosario.²³ Por supuesto, la crítica de Martínez es totalmente derivativa. Dos de sus fuentes revisten importancia. Se trata de la traducción italiana de *La biología moderna y la teoría de la evolución* de Erich Wasmann (*Die moderne Biologie und die Entwicklungsgeschichte*, 2ª ed de 1904) y la versión francesa de otra obra de Wasmann: *La probidad científica de Haeckel*, de 1910 (*La probité scientifique de Haeckel dans la question de la descendance simienne de l'homme*). Erich Wasmann fue un entomólogo jesuita que alcanzó notoriedad por sus ideas evolucionistas. Como respuesta a las críticas de Haeckel, en febrero de 1907 Wasmann dictó una serie de conferencias en Berlín, que alcanzaron gran repercusión pública —la velada final, en la que el biólogo respondió a sus contradictores tuvo lugar en el auditorio del legendario Jardín Zoológico berlinés. Wasmann creía que Dios había creado unas pocas "especies originales" [*Urspecies*], a partir de las cuales aparecieron las otras por evolución. Como la mayoría de los evolucionistas cristianos, aceptaba que el cuerpo humano era producto de la evolución.²⁴ En cuanto al mecanismo de la evolución, aceptaba un "saltacionismo" del tipo del propuesto por De Vries en esos años. El otro libro de Wasmann citado

²⁰ Florentino Ameghino, *Filogenia. Principios de clasificación transformista, basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas*, 3ª reed. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, 1937, págs. 384-385.

²¹ Pat Shipman, *The Man who Found the Missing Link. Eugène Dubois and his Lifelong Quest to Prove Darwin Right* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2002), págs. 57-61.

²² Silvino Martínez, "El árbol genealógico humano de Haeckel y la ley biogenética fundamental", *Estudios* 13 (1917): 111-123 y 178-195.

²³ Diego Abad de Santillán (ed.), *Gran Enciclopedia Argentina*, 9 vols. (Buenos Aires: Ediar, 1956-1964), V: 133; "Silvino Martínez", en <http://www.catholic-hierarchy.org/bishop/bmas.html>, visitado el 26 de octubre de 2009.

²⁴ Richards, *Tragic Sense of Life*, págs. 356-371 y A. J. Lustig, "Erich Wasmann, Ernst Haeckel, and the Limits of Science", *Theory in Bioscience* 121 (2002): 252-259.

por Martínez se refiere a las acusaciones de que Haeckel no había sido fiel en los dibujos de las series embriológicas que ilustraban su versión de la ley biogenética (sintetizada en la frase "la ontogenia recapitula la filogenia"). Estas acusaciones fueron fogoneadas por el biólogo fracasado Arnold Brass, miembro de la *Keplerbund*, quien las difundió en dos obras publicadas en 1907 y 1909. En 1910 Haeckel mismo respondió con una obra titulada *Sandalion: una respuesta pública a las falsas acusaciones de los jesuitas* [*Sandalion: Eine offene Antwort auf die Fälschungs-Anklagen der Jesuiten*] que, curiosamente, arroja a la misma bolsa a jesuitas y protestantes.²⁵

A mi entender, este oscuro artículo sobre Haeckel publicado por *Estudios* proporciona un marco interpretativo del caso que estamos considerando, ya que apunta a varios elementos paralelos en la situación de Argentina y Alemania, a saber, las afinidades de pensamiento filosófico-natural entre Ameghino y Haeckel, el hallazgo de restos antropológicos de datación cuestionable (en su momento había dudas respecto a la antigüedad del "hombre de Java"), la actividad pública de jesuitas en papel de científicos, dos sociedades en las cuales la ciencia era estandarte de las fuerzas laicistas y, en fin, la sombra de la impostura científica. Las diferencias consisten en que Wasmann era un muy reconocido entomólogo favorable al evolucionismo y que, por el otro lado, Ameghino mismo no estuvo nunca envuelto en acusaciones de imposturas (el responsable del fraude fue un personaje secundario asociado a sus sucesores). No hay que olvidar que, como es bien conocido, Haeckel era uno de los autores emblemáticos de la cultura de popularización científica de los círculos socialistas, tanto en Europa como en Argentina. En todo caso, en diciembre de 1917 Blanco sacó un artículo llamado "Las ideas preconcebidas y la ciencia" que comienza relatando las conferencias berlinesas de Wasmann de 1907 y cuyo mensaje, en palabras del autor, es que "el trabajo paciente de los escudriñadores de la naturaleza, ha de ir enderezado al único fin de estudiarla, no el rebuscar comprobantes de teorías apriorísticas".²⁶ Es de notar que en sus críticas a las especulativas hipótesis antropológicas de Ameghino, Blanco se arrinconó en una defensa del empirismo extremo e impugnó el método de las hipótesis en ciencia. Tanto el hallazgo del *Pithecanthropus* de Dubois guiado por Haeckel como las teorías de Ameghino tenían para Blanco el mismo valor de edificaciones fantásticas.

En septiembre de 1917, simultáneamente con uno de sus artículos en *Estudios*, Silvino Martínez publicó en *La Nación* una nota titulada "Ameghinismo y ameghinofobia", en respuesta a otra que con igual título

²⁵ Richards, *Tragic Sense of Life*, págs. 371-383.

²⁶ José María Blanco, "Las ideas preconcebidas y la ciencia", *Estudios* 13 (1917): 423-435, pág. 425.

había sido publicado en el mismo diario por un tal Juan Gualberto Pelliza aproximadamente un mes atrás.²⁷ En un texto bien argumentado, el joven Martínez defiende el folleto que Blanco había publicado como resumen de sus conferencias con el título de *La evolución antropológica y Ameghino* (Buenos Aires: Omega, 1916) contra la crítica de Pelliza y, más específicamente, de la de Lucas Kraglievich (1886-1932), paleontólogo del Museo de Buenos Aires y continuador de Ameghino. Kraglievich acusaba a Blanco de no ser un especialista, al ceder a "la pretensión generalizada y ridícula de conceptuarse capacitado para manosear sin mayor conocimiento de causa y sin escrúpulo los problemas delicados de la filosofía naturalista, problemas cuya comprensión supone una cultura especial que no se adquiere desde luego por simples elucubraciones fantaseadoras de la mente, sino por la reflexión serena que sugiere el análisis profundo y metódico de los materiales acumulados en los gabinetes de estudios y Museos".²⁸

Blanco respondió a este ataque que descalificaba su condición de interlocutor válido sobre la base de un deslinde de competencias profesionales excluyentes, invirtiendo sus términos: Ameghino era naturalista y pecaba de ignorancia cuando aspiraba al título de filósofo. En septiembre de 1917 *La Razón* publicó un artículo inédito de Ameghino titulado "Noción de Dios y noción de espacio", en el que afirmaba, entre otras cosas, que "la idea de Dios es una idea primitiva, simple, sencilla, infantil, hija de temor que engendra lo desconocido y de la ignorancia, que solo tiene ojos para ver las apariencias".²⁹ En su respuesta "¡Ameghino filósofo!", firmada con su seudónimo Graco Nebel, Blanco comentaba que "es muy fácil palabrear y contradecirse, pero no lo es tanto el resolver esos problemas fundamentales de la filosofía. Para ellos no basta ser PALEONTÓLOGO [sic]; es necesario algo más; se necesita una serie de conocimientos de que carecía sin duda Ameghino".³⁰ Una semana más tarde el mismo diario publicó la reseña de una conferencia del estadounidense Garret P. Servis, de la *Smithsonian Institution*, en la que declaraba que el ser humano no desciende de los simios son que ambos tienen un antepasado común —la nota está ilustrada con una secuencia de

²⁷ Silvino Martínez, "Ameghinismo y ameghinofobia", *La Nación*, 2 de septiembre de 1917 y Juan Gualberto Pelliza, "Ameghinismo y ameghinofobia", *La Nación*, 24 de julio y 6 de agosto de 1917.

²⁸ El artículo de Lucas Kraglievich fue editado en Alfredo J. Torcelli y Carlos Marelli (comp.), *Lucas Kraglievich. Obras de Geología y Paleontología*, 3 vols. (La Plata: Taller de Impresiones Oficiales, 1940), vol. I, págs. 65-76.

²⁹ Florentino Ameghino, "Noción de Dios y noción de espacio", *La Razón*, 16 de septiembre de 1917, p. 4.

³⁰ Graco Nebel [José M. Blanco], "¡Ameghino filósofo!", *Estudios* 13 (1917): 277-279.

esqueletos simiescos que culmina en un esqueleto humano. Blanco despotrica contra la "trasnochada teoría norteamericana" que se funda, sostiene, en "una idea fija, una idea preconcebida. El hombre ha de venir de la bestia, pese a quien pese".³¹

En diciembre de 1917 *Estudios* comenzó a publicar una serie de cuatro conferencias tituladas "La evolución ante los hechos" dictadas por el P. Juan Sallaberry (1871-1945), un jesuita y astrónomo uruguayo a la sazón vicedirector del Observatorio Astronómico del Colegio de la Inmaculada en Santa Fe.³² Estas conferencias son rutinarias en su rechazo de la evolución. Dos años más tarde apareció en la revista el primero de una serie de cinco artículos del ya mencionado jesuita español Jaime Pujiula, maestro de Blanco, con el título general de "Espinass del transformismo", que aspiraban a criticar y desestimar la teoría de la evolución desde el punto de vista de la embriología.³³

Un atlas y una calota

Debido a sus primeros y tempranos hallazgos fósiles cerca de Luján, Ameghino se convenció de que en nuestro territorio vivieron homínidos contemporáneos de los grandes mamíferos extintos, una tesis desarrollada en los dos volúmenes de su obra *La antigüedad del hombre en el Plata* (París y Buenos Aires, 1880-1881). Más aun, hacia fines de la primera década del siglo XX postuló que el ser humano se había originado en el territorio de Argentina y luego se difundió. Estas opiniones encontraron apoyo en ciertos hallazgos antropológicos. ¿En qué consistían? Se trata del atlas (primera vértebra cervical) y el fémur encontrados en Monte Hermoso en 1907 en terrenos que Ameghino creía del Mioceno superior o por lo menos del Plioceno inferior (Terciario), y de la calota craneana hallada durante las obras del puerto de Buenos Aires en 1909 y correspondiente, según nuestro autor, al Plioceno inferior. En realidad, Ameghino redescubrió el atlas en el Museo de La Plata y la calota en el de Buenos Aires, con lo cual los cruciales datos geológicos de los yacimientos eran, por decir lo menos, especulativos. Ameghino atribuyó el atlas a su *Tetraprothomo argentinus*, un (hipotético) homínido de poco más de 1m de altura de andar erguido. La calota le fue atribuida al *Diprothomo platensis*, también postulado por él previamente. El antropólogo germano-argentino Robert Lehmann-Nitsche, en ese entonces

³¹ Graco Nebel [José M. Blanco], "Otra vez *La Razón*", *Estudios* 13 (1917): 338-342.

³² Juan Sallaberry, "La evolución ante los hechos", *Estudios* 13 (1917): 436-456, 14 (1918): 88-111, 186-200 y 15 (1918): 283-298.

³³ Javier Pujiula, "Espinass del transformismo", *Estudios* 16 (1919): 164-173, 18 (1920): 202-211, 20 (1921): 47-53, 337-345 y 436-442.

en el Museo de La Plata, atribuyó el atlas a *Homo neogaesus* —una (supuesta) especie del Terciario— y desestimó que el fémur fuese humano.³⁴ Excepto por la aceptación parcial del antropólogo siciliano Giuseppe Sergi (1841-1936) —antiguo garibaldino, estudiante de Lombroso y fundador del Instituto Italiano de Antropología en Roma— dichos hallazgos fueron rechazados fuera de Argentina. En su tercera conferencia de 1917 Blanco se dedica a recopilar las opiniones en contra de la existencia de *Diprothomo*. Menciona al antropólogo escocés Arthur Keith, que llegó a ser presidente del *Royal Anthropological Institute*, a Kasimierz Stolyhwo, fundador del Departamento de Antropología de la Universidad de Varsovia y a Aldrobandino Mochi, profesor de antropología de Florencia y presidente de la Sociedad Italiana de Antropología y Etnología fundada por Paolo Mantegazza.³⁵ Hubo otros rechazos.³⁶ Entre los argentinos, el que se oponía era el arqueólogo y antropólogo Félix Outes, profesor de antropología en Buenos Aires y de etnografía, antropología y arqueología en La Plata. En una entrevista en *La Razón* publicada en mayo de 1916, Outes se despachó claramente en contra de las teorías antropológicas de Ameghino, mientras invocaba la opinión internacional europea y norteamericana: "En estos momentos —si se exceptúa a Sergi— no hay un solo especialista que comparta los puntos de vista de paleontología humana expuestos por Florentino Ameghino".³⁷ En la cuarta conferencia de su serie, Blanco se las toma con los cráneos sobre los que Ameghino había fundado el *Homo pampaeus* (el cráneo del arroyo La Tigra de Miramar, y dos cráneos de Necochea).³⁸

El futuro antropólogo del Museo de La Plata Milciades Alejo Vignati, entonces un estudiante de 22 años de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, publicó en enero y febrero de 1918 en la revista *Nosotros* dos artículos que impugnaban las conferencias de Blanco y el artículo que Silvino Martínez había publicado en *La Nación* en septiembre del año anterior.³⁹ A Vignati

³⁴ Podgorny, "Bones and Devices", págs. 265-266.

³⁵ José M. Blanco, "La evolución antropológica y Ameghino [I]", *Estudios* 11 (1916): 419-440.

³⁶ Podgorny, "Bones and Devices", págs. 274-277.

³⁷ Félix Outes, "Hallazgos paleoantropológicos ¿Se han confirmado las teorías de Ameghino?", *La Razón*, 11 de mayo de 1916.

³⁸ José M. Blanco, "La evolución antropológica y Ameghino [IV]", *Estudios* 12 (1917): 180-202.

³⁹ Milciades A. Vignati, "Cuestiones de paleoantropología argentina. Refutación a un trabajo del P. Blanco", *Nosotros* 28 (1918), n° 105, 45-64 y n° 106, 237-254. Para una breve semblanza del autor, ver Amalia C. Sanguinetti de Bórmida, "Homenaje a Milciades Alejo Vignati en el 100° aniversario de su

le respondió en *Estudios* Manuel Samperio (1897-1959), que salió en defensa de Blanco y Martínez.⁴⁰ Samperio, que entonces tenía 21 años, era al igual que Martínez un seminarista de Buenos Aires alumno de Blanco —más tarde este sacerdote publicó varios libros de poesía, mientras actuaba como párroco en la parroquia de Santa Lucía, en Barracas.⁴¹ Dado que en 1920 Vignati lanzó sus artículos expandidos en forma de libro y con nuevas respuestas a Samperio,⁴² este volvió a publicar un artículo en tres partes que apareció en *Estudios* a lo largo de ese mismo año.⁴³

En julio de 1917 Blanco vuelve a la carga con "Tetraprothomo-Diprothomo-Homo pampaeus", donde incluye una discusión de la filogenia de los sitios de los hallazgos, que supuestamente confirmaban la filogenia del hombre americano propuesta por Ameghino.⁴⁴ El artículo es una glosa a la mencionada nota que Félix Outes había publicado en *La Nación* en mayo de 1916 y, siguiendo este modelo, escarba en el muy sensible punto de la geología de los yacimientos paleoantropológicos, de lo cual dependía la antigüedad de los mismos —una cuestión crucial y muy discutida por los expertos locales e internacionales. Aquí Blanco vuelve a oponer "la ciencia 'puramente descriptiva', libre de preocupaciones, precisa, exacta, matemática; y la filosofía de esos hechos dados con verdadera imparcialidad" contra la ciencia que "va a la caza de la confirmación de una hipótesis preestablecida" lo que constituye "un apriorismo ciertamente condenable".⁴⁵ "De ahí —sigue el jesuita— las mistificaciones de mala fe en Haeckel verdaderamente concientes, las tal vez inconscientes de Ameghino, que llevado de su afán paleontológico en el sentido filosófico-evolucionista, cae en un sinnúmero de errores descriptivos".⁴⁶ Hay que ver que Blanco pone en la misma "bolsa apriorística" los esquemas de la *Filogenia* y la entera teoría de la

natalicio", *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires* 30 (1996): 232-235.

⁴⁰ Manuel J. Samperio, "Cuestiones de paleoantropología argentina. (Réplica al señor Milciades J. Vignati)", *Estudios* 15 (1918): 186-204.

⁴¹ Santillán, *Enciclopedia Argentina*, VIII: 354; "El P. Manuel J. Samperio", en <http://www.santalucia.org.ar/notas/samperio.htm>, visitado el 26 de octubre de 2009.

⁴² Milciades A. Vignati, *Cuestiones de paleoantropología argentina*. Buenos Aires: Oceana, 1920.

⁴³ Manuel J. Samperio, "Cuestión de paleoantropología argentina", *Estudios* 18 (1920): 350-366 y 19 (1920): 48-66 y 207-222.

⁴⁴ José M. Blanco, "Tetraprotho- [sic] Diprothomo. Homo pampaeus", *Estudios* 13 (1917): 18-34.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 31.

⁴⁶ *Ibid.*, págs. 32-33.

evolución biológica. En su siguiente artículo, "Dos cráneos singulares y la orientación frontoglabelar", compara la calota hallada en el puerto de Buenos Aires con dos cráneos modernos (uno de Comodoro Rivadavia y otro de procedencia desconocida) que había encontrado en el zoológico, en ese momento dirigido por el naturalista ítalo-argentino Clemente Onelli.⁴⁷ Aquí Blanco ataca la posición adoptada por Ameghino de renunciar a la ortodoxia craneométrica de los antropólogos. En efecto, en un artículo de los *Anales del Museo Nacional* de 1907 el autor de la *Filogenia* había afirmado: "ma conception morphologique est indépendante des mesures et de tout procédé mécanique ou de précision. Dans ces cas, ayant toujours présente à l'esprit une idée parfaite de la morphologie simienne en général, mes yeux jugent d'après cette conception [...]".⁴⁸

El artículo de Blanco disparó la polémica con Alfredo Castellanos, quien respondió en la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*.⁴⁹ Castellanos, que luego desarrollaría su carrera como antropólogo y geólogo en la Universidad del Litoral, era en ese momento un estudiante de medicina de 24 años que hacía un año había sido nombrado Ayudante en el Museo Politécnico de Córdoba. Militante estudiantil (fue uno de los firmantes del manifiesto de la Reforma) había sido expulsado en el último año del Colegio de Montserrat por lo que él mismo consideraba sus "ideas anarquistas y ateas".⁵⁰ Blanco respondió con un artículo en dos partes y Castellanos volvió al ataque.⁵¹ Blanco entonces disparó de nuevo en 1918 otro largo artículo en tres partes.⁵² A esta altura la cosa ya había comenzado a perder las formas y los duelistas recurrían a granalla gruesa en cuanto a las mutuas calificaciones (algo análogo a lo sucedido en el intercambio entre Vignati y Samperio). El contenido de

⁴⁷ José M. Blanco, "Dos cráneos singulares y la orientación fronto-glabelar. Contribución al estudio de la calota ensenadense", *Estudios* 13 (1917): 81-98.

⁴⁸ Florentino Ameghino, "La calotte du Diprothomo d'après l'orientation frontoglabelaire", *Anales del Museo Nacional* serie 3, t. 15, 1907, 1-10, pág. 2.

⁴⁹ Alfredo Castellanos, "Sobre la orientación frontoglabelar de Ameghino. Réplica al señor José M. Blanco", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* año 4, n° 6, 1917, 188-195.

⁵⁰ Silvia Cornero, "Medicina y antropología: un breve encuentro en 1928", *Revista Médica de Rosario* 73 (2007): 44-48, pág. 45.

⁵¹ José M. Blanco, "El diprothomo y la orientación fronto-glabelar. Réplica al señor Alfredo Castellanos", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* año 4, n° 8, 1917, 306-340, reproducido en *Estudios* 14 (1918): 15-23. La réplica fue: Alfredo Castellanos, "Cráneos singulares. Réplica al señor Blanco", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* 4, n° 10, 1917, 568-588.

⁵² José M. Blanco, "Más sobre los cráneos singulares. Segunda y última réplica al señor Castellanos, de Córdoba", *Estudios* 15 (1918): 42-52, 115-125, 205-213.

toda esta batalla, más verbal que de ideas, era una bizantina polémica craneométrica entre dos especialistas que no lo eran tanto. De cómo se ubicaba la calota dependían sus medidas craneométricas, y de estas si se trataba de un cráneo de homínido o contemporáneo. El asunto era tema de agitada discusión por parte de los antropólogos europeos.⁵³ Ameghino incluso había diseñado un sencillo instrumento denominado "cráneo-orientador", para obtener medidas craneométricas indiscutibles, del cual decía: "Le crâniorienteur n'obeissant pas aux idées preconçues des operateurs il va nous dire ce qui en est de cette question".⁵⁴ Por el contrario para Blanco, "aunque el cráneo orientador no esté imbuido de prejuicios, es un instrumento que facilísimamente se amoldará en manos del operador, a los prejuicios de este".⁵⁵

Las bolas de Parodi

El episodio de los hallazgos arqueológicos y antropológicos en las barrancas de Miramar por parte de Lorenzo Parodi y su carácter fraudulento ya fue estudiado por varios autores exhaustivamente por lo que solo voy a destacar algunos aspectos concernientes al P. Blanco.⁵⁶ En el verano de 1912-1913 se encontraron en Miramar varios objetos líticos, entre ellos una bola de boleadora y un cuchillo de sílex que sugerían que el hombre habitaba la región desde hacía 2 millones de años. El que los halló fue Lorenzo Parodi, comisionado por Carlos Ameghino, jefe de paleontología del Museo de Buenos Aires, cuyo director en ese momento era Ángel Gallardo. Parodi era un inmigrante genovés de escasa educación radicado en Necochea, que gozaba de la confianza del hermano de Florentino. Como señalan los autores citados, las cuestiones problemáticas eran dos. En primer lugar, si se trataba de yacimientos primarios, es decir, si los objetos habían sido enterrados cuando se formaron los depósitos o habían sido incrustados después. En segundo lugar estaba la siempre espinosa cuestión de la datación geológica. En 1914 una comisión de notables se dirigió al área y concluyó que se trataba de yacimientos primarios. Los hallazgos continuaron a lo largo de los años, cuando comenzaron a aparecer bolas de boleadoras. También en 1914 Carlos Ameghino y

⁵³ Podgorny, "Bones and Devices", págs. 274-275.

⁵⁴ Ameghino, "La calotte du Diprothomo", pág. 7.

⁵⁵ Blanco, "Dos cráneos singulares" 13 (1917): 81-98, pág. 94.

⁵⁶ Leonardo Daino (1979), "Exégesis histórica de los hallazgos arqueológicos de la costa bonaerense", *Prehistoria Bonaerense*, 1979, págs 95-145; Eduardo P. Tonni, Ricardo C. Pasquali y Mariano Bond, "Ciencia y fraude: el hombre de Miramar", *Ciencia Hoy*, 11 (2001): 58-62; Mariano Bonomo, "El hombre fósil de Miramar", *Intersecciones en Antropología*, 3 (2002): 69-87.

Parodi hallaron un fémur de toxodonte con una flecha incrustada.⁵⁷ Al año siguiente, el Teniente Coronel Antonio A. Romero publicó un folleto en donde criticaba esos hallazgos y en 1919, en un artículo en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, sostuvo que los yacimientos no estaban en posición primaria.⁵⁸ Como respuesta, al año siguiente (1920) Vignati publicó su propio folleto, *Los restos de la industria humana de Miramar. A propósito de los despropósitos del comandante Romero*. El tono del escrito de Vignati llevó al militar antropólogo a enviarle los padrinos para intimarlo a que se retractase o, en caso contrario, exigirle "una rigurosa reparación por las armas". Vignati optó por la solución más prudente.⁵⁹ Mientras tanto, en 1918 el geólogo italiano Guido Bonarelli visitó el área y, en un artículo publicado en la revista *Physis* —el órgano de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales— expresó sus dudas de que se tratase de yacimientos primarios.⁶⁰ Además de los mencionados, el que dio el grito sobre lo que ha sido llamado "el fraude Miramar" fue Blanco, en un muy breve artículo de *Estudios* de 1920 titulado "Las bolas de Parodi, ¿serán bolas?".⁶¹ En este artículo se describe el descubrimiento de varias bolas por parte de una comisión científica en 1920, junto con las denuncias de Romero. La otra crítica científica provino del antropólogo sueco Eric Boman.

Boman, a la sazón director de la sección de arqueología del Museo Público de Buenos Aires, había publicado un artículo informativo y escéptico sobre los hallazgos de Miramar en el *Journal de la Société des Américanistes*.⁶² Ramón H. Laval, subdirector de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile y fundador de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, efectuó una reseña del artículo del Boman en la revista de esta última asociación. En un número ulterior de dicha *Revista Chilena de Historia y Geografía* (año 11, n° 41, t. 37, 1921), Laval reprodujo con comentarios el artículo de Blanco "Las bolas de Parodi, ¿serán bolas?". A su vez, Boman publicó un nuevo artículo sobre los hallazgos de Miramar, esta vez franca y abiertamente crítico, en la misma

⁵⁷ Daino, "Exégesis histórica", págs. 26-27.

⁵⁸ *Ibid.*, 29-31.

⁵⁹ El incidente está relatado en Samperio, "Cuestión de paleoantropología argentina", *Estudios* 18 (1920): 350-366, pág. 351.

⁶⁰ Tonni et al., "Ciencia y Fraude", pág. 61.

⁶¹ José M. Blanco, "Las bolas de Parodi ¿serán bolas?", *Estudios* 20 (1921): 31-35.

⁶² Eric Boman, "Encore l'homme tertiaire dans l'Amérique du Sud", *Journal de la Société des Américanistes*, N.S. 11 (1919) : 657-664.

revista del país hermano.⁶³ En enero de 1922 el diario católico de Buenos Aires *El Pueblo* reprodujo, a lo largo de cuatro días y siempre en la página 3, el artículo de Laval de 1921 y la respuesta de Boman con el título común de "El ameghinismo—Charlatanismo anticientífico e industrialización maquiavélica. La palabra de los hombres de ciencia". El antropólogo sueco reproduce fragmentos de *Les hommes fossiles* (1921) de Marcellin Boule, profesor del Museo de Historia Natural de París, y del informe *Early Man in South America*, escrito por el antropólogo estadounidense Aleš Hrdlička en colaboración con el geólogo Bailey Willis, quienes estuvieron visitando los sitios arqueológicos de marras para el Centenario.⁶⁴

El texto del artículo de Boman, tal como apareció en *El Pueblo*, fue reproducido por Blanco en *Estudios* en junio de 1922.⁶⁵ En su interés por extender el certificado de defunción internacional para la hipótesis del hombre terciario en América, Blanco ya se había apurado a reproducir en *Estudios* los fragmentos de *Les hommes fossiles* (París, 1921) de Marcellin Boule, que criticaban las teorías antropológicas de Ameghino.⁶⁶ En 1922 la revista de los jesuitas también publicó un artículo titulado "El 'anthropodus' de Miramar" firmado por "S. de Lauría".⁶⁷

La discusión entre los especialistas argentinos—estudiada en los tres trabajos mencionados— fue larga y agria. Uno de los autores que estudió el caso de Miramar relata como los miembros de la comunidad geológica y antropológica argentina tuvieron posiciones diversas, que en algunos casos cambiaron con el tiempo, y como el asunto se ventilaba en la prensa cotidiana.⁶⁸ Los "ameghinistas" rigurosos continuaron sosteniendo la validez de los hallazgos de Miramar. Por ejemplo, en fecha tan

⁶³ Eric Boman, "Los vestigios de industria humana encontrados en Miramar (República Argentina) y atribuidos a la época terciaria", *Revista Chilena de Historia y Geografía* t. 39, 1921, págs. 330-352.

⁶⁴ *El Pueblo* [Buenos Aires] 7 de enero, 8 de enero, 9 y 10 de enero, y 11 de enero de 1922 (núms. 8039 a 8042).

⁶⁵ José M. Blanco, "Hablan los hombres de ciencia del país sobre las asendereadas teorías de Ameghino", *Estudios* 22 (1922): 428-445.

⁶⁶ José M. Blanco, "Ameghino juzgado por Boule. *Les hommes fossiles*", *Estudios* 20 (1921): 419-426.

⁶⁷ S. de Lauría, "El 'anthropodus' de Miramar", *Estudios* 23 (1922): 33-36. ¿Quién estaba detrás del pseudónimo? El estilo no es el de Blanco. Pudiera ser que se tratase del antropólogo ítalo-argentino José Imbelloni, que nació en Lauria (sur de Italia), y que había llegado nuestro país un año antes, cuando ganó el concurso de profesor suplente de antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Pero hay expresiones que revelan el habla cotidiana porteña de esa época y que un extranjero no hubiese usado.

⁶⁸ Bonomo, "El hombre fósil de Miramar", págs. 74-81.

tardía como 1941 Vignati aún sostenía en la *Revista del Museo de La Plata* que "los testimonios de los hombres de ciencia que presenciaron la extracción de los objetos excluyen toda duda [respecto a su autenticidad]".⁶⁹

Blanco continuó escribiendo en contra de la evolución. A lo largo de 1920 y comienzos de 1921 publicó una serie de diez artículos sobre "La antropometría y la ciencia" (luego reunidos y publicados como libro), que en lo fundamental es una recapitulación de sus trabajos anteriores.⁷⁰ En el segundo semestre de 1923 sacó dos artículos sobre "La antigüedad del hombre". El primero es un ensayo de cronología bíblica que concluye que no puede precisarse cuándo apareció el hombre sobre la Tierra. El segundo artículo argumenta que la ciencia tampoco puede determinar la antigüedad del ser humano en el planeta.⁷¹ Entre diciembre de 1924 y junio de 1925 publicó la serie "¿Es posible la evolución del hombre?".⁷² Como era de esperarse, el último artículo concluye que "somáticamente no puede establecerse para el hombre ningún filum [sic]".⁷³ Blanco agregó otro artículo en el que trata superficialmente la cuestión del hombre prehistórico y de la psicología (entendida como parte de la metafísica).⁷⁴

También escribía sobre temas afines, como una crítica a ciertos experimentos de generación abiótica (origen de la vida a partir de materia inorgánica) efectuados por un mexicano Herrera y publicados por *La Semana Médica* de Buenos Aires.⁷⁵ En una serie de artículos en *Estudios* de 1923, Blanco polemizó contra las ideas acerca de la evolución del encéfalo y la base neurológica del pensamiento difundidas en nuestro país por el distinguido neuroanatomista alemán Christfried [Christofredo] Jakob, que estaba radicado en Argentina desde 1899 y en ese momento ocupaba varios cargos docentes y de investigación en Buenos Aires y La Plata. Poco más de una década atrás Jakob y Onelli habían colaborado en dos importantes obras sobre neuroanatomía comparada, una en alemán y

⁶⁹ Citado en Tonni et al., "Ciencia y Fraude", pág. 60.

⁷⁰ José M. Blanco, *La antropometría y la ciencia: estudio crítico* (Buenos Aires: Amorrortu, 1921).

⁷¹ José M. Blanco, "La antigüedad del hombre", *Estudios* 25 (1923): 91-103 y "La antigüedad del hombre ante la ciencia", *Estudios* 25 (1923): 161-174.

⁷² José M. Blanco, "¿Es posible la evolución del hombre?", *Estudios* 27 (1924): 431-446; 28 (1925): 42-53, 81-90, 344-357 y 29 (1925): 40-51.

⁷³ Blanco, "¿Es posible la evolución del hombre?", 29 (1925): 40-51, pág. 51.

⁷⁴ José M. Blanco, "La psicología humana y el problema de la evolución", *Estudios* 29 (1925): 81-90.

⁷⁵ José M. Blanco, "Sobre plasmogenia", *Estudios* 16 (1919): 419-428.

otra en castellano.⁷⁶ Es revelador que en los años 1927 y 1928 Blanco haya participado en otra polémica que tuvo lugar en las páginas de *Nosotros*, a raíz de un episodio que tuvo como protagonista al escritor y crítico Carlos Leumann.⁷⁷ Este publicó en el suplemento de letras de *La Nación* un relato titulado "La madre de Jesús", una suerte de recreación libre del Evangelio que presentaba a la Virgen como emocionalmente distante de Jesús y con predilección por sus "hermanos".⁷⁸ El domingo siguiente —que era Domingo de Resurrección— el mismo suplemento publicó una respuesta de Tomás Casares, "La Santísima Virgen María", en la que se califica al artículo de Leumann de "interpretación blasfema", que a pesar de su "forma amable" era "insultante" para los católicos.⁷⁹

El episodio levantó una considerable polvareda. Debido a las presiones de la jerarquía eclesial, Leumann se vio obligado a renunciar a seguir colaborando con el diario de los Mitre.⁸⁰ A partir de entonces, las páginas de *Nosotros* se transformaron en ocasional campo de batalla de las encontradas interpretaciones exegéticas de Leumann, Blanco y otros jesuitas.⁸¹ El segundo artículo de Leumann concluye con un panegírico de la exégesis modernista de Alfred Loisy.⁸²

Discusión

Blanco fue una singularidad y alrededor de él cristalizó un grupo de jóvenes seminaristas que aceptaron su guía intelectual. Pero este

⁷⁶ Christfried Jakob y Clemente Onelli, *Vom Tierhirn zum Menschenhirn* (Munich: Lehmann, 1911) e idem, *Atlas del cerebro de los mamíferos de la República Argentina* (Buenos Aires: Kraft, 1913). Cf. Lazaros C. Triarhou y Manuel del Cerro, "Semicentennial Tribute to the Ingenious Neurobiologist Christfried Jacob (1866-1956). 1. Works from Germany and the First Argentina Period, 1891-1913", *European Neurology* 56 (2006): 176-188.

⁷⁷ Leumann, Carlos Alberto", en Pedro Orgambide y Roberto Yahn (eds.), *Enciclopedia de la Literatura Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 1970), pág. 379.

⁷⁸ Carlos Leumann, "La madre de Jesús", *La Nación* domingo 10 de abril de 1927.

⁷⁹ Tomás D. Casares, "La Santísima Virgen María", *La Nación* 17 de abril de 1927.

⁸⁰ Carlos A. Leumann, "Sobre 'La madre de Jesús'", *Nosotros* año 21, n° 216, 1927, 166-172.

⁸¹ José M. Blanco, "Más sobre 'La madre de Jesús'. Aclarando los conceptos de Leumann", *Nosotros* año 21, n° 218, 1927, 484-493 y Carlos A. Leumann, "El documento José M. Blanco", *Nosotros* año 21, n° 221, 1927, 19-38.

⁸² Para el tema de la exégesis modernista ver Luis Rivas, "La 'Cuestión Bíblica' desde León XIII hasta Pío XI", *Teología* 75 (2000-01): 75-114.

fenómeno fue superficial y contingente, ya que ninguno de ellos tuvo una carrera científica. El componente estructural de esta historia es que en ese momento quienes se encargaban de las cuestiones científicas de la Compañía de Jesús en el Río de la Plata eran los padres provenientes de lo que hoy llamaríamos el "polo científico" jesuita del Ebro, como José Ubach y el mismo Blanco. El P. José Ubach (1871-1935) fue un catalán que se formó en el Observatorio del Ebro y a su llegada a nuestro país en 1911 (dos años antes que lo hiciera Blanco) se desempeñó como profesor en el Colegio del Salvador y se dedicó a efectuar observaciones astronómicas, entre ellas la visualización de un eclipse en 1920 con un ecuatorial Zeiss de 2,35m de distancia focal y 130mm de apertura montado en el Seminario de Villa Devoto. En septiembre de 1920 dictó dos conferencias sobre la teoría de la relatividad, como respuesta a una famosa charla que Leopoldo Lugones pronunciara en la Universidad de Buenos Aires con el título de "El tamaño del espacio". Ubach efectuó una exposición competente de la teoría pero le negó validez.⁸³ En 1922 la revista *Estudios* reprodujo otra conferencia sobre relatividad que el matemático español Julio Rey Pastor había dictado en el Colegio del Salvador y dos años más tarde la que el médico católico nacionalista César E. Pico dictó en el Seminario de Villa Devoto. Podemos inferir que la postura editorial de *Estudios* respecto de la relatividad, aunque tendía al rechazo, no era beligerante, y en este sentido era muy diferente de la adoptada con la teoría de la evolución. Aquí hay que señalar que el astrónomo jesuita catalán Enric de Rafael Verhulst (1885-1955) defendió articuladamente la teoría de la relatividad en *Razón y Fe* (1922).⁸⁴ Si el referente catalán de Ubach era Rafael Verhulst, un entusiasta expositor de la teoría de la relatividad en España, el de Blanco era el anti-evolucionista Pujiula. En Argentina, los jesuitas con educación científica "práctica" y a cargo de la enseñanza (a diferencia de Pujiula, Verhulst y otros españoles, ni Blanco ni Ubach habían estudiado ciencias en la universidad) salían a plantear públicamente su oposición a las teorías científicas novedosas que, según entendían ellos, lesionaban la doctrina católica.

Hay que tener en cuenta que la polémica de Blanco con los sostenedores de las teorías de Ameghino fue una de las batallas más visibles de la abierta guerra de ideas entre científicos e intelectuales anticlericales —en su mayoría socialistas y liberales— y los católicos, que venía sacudiendo la Argentina desde poco menos que medio siglo. Tal como fue el caso del evolucionista Tomas Huxley en Inglaterra, muchos

⁸³ José Ubach, *La teoría de la relatividad en la física moderna. Lorentz, Minkowski, Einstein*. Buenos Aires: Amorrortu, 1920. Cf. Miguel de Asúa y Diego Hurtado de Mendza, *Imágenes de Einstein. Relatividad y cultura en el mundo y en la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba, 2006, 184-190.

⁸⁴ *Ibid.*

ardientes partidarios de la teoría de la evolución en los distintos países intentaron apropiarse del discurso y las formas litúrgicas de las iglesias cristianas para sustituirlas por una "iglesia científica" —un caso especial del vaciamiento y posterior resignificación de los símbolos sagrados por el secularismo del siglo XIX.⁸⁵ Ya ha sido también estudiado en detalle como el "culto cívico" a Ameghino se revistió de estilos religiosos (funerales, peregrinaciones, oraciones, devoción personal), en lo que constituyó un intento de construir una "santidad laica" vinculada a la ciencia positiva.⁸⁶ Este clima —preparado ya por los enfrentamientos del siglo XIX— es el que tiñe y en gran medida da sentido a la actividad del P. Blanco.

La formación científica de Blanco como antropólogo físico fue autodidacta, en un momento en que la especialidad ya estaba en vías de profesionalización. Con un claro proyecto anti-evolucionista focalizado sobre las cuestionables teorías antropológicas de Ameghino, Blanco fue la encarnación de la voz de la crítica católica en un momento en que se cristalizaba la ortodoxia de la escuela "ameghinista" (el paleontólogo había muerto en 1911). La campaña anti-evolucionista de la revista *Estudios*, sin duda ideada y gestada por Blanco, evoca la análoga llevada a cabo por *La Civiltà Cattolica*, cuyo acmé tuvo lugar entre los años 1897 y 1902. Pero como ya señaló Barry Brundell, también hubo jesuitas que favorecían posturas evolucionistas, si bien con restricciones.⁸⁷ El más famoso fue el ya mencionado Wasmann. El jesuita francés Robert de Sinéty sostenía una opinión mucho más abierta que la de Blanco. De Sinéty, que era mayor que Teilhard de Chardin, había estudiado con el entomólogo jesuita Joseph Pantel y, tal como Wasmann, creía en la creación de un conjunto de formas básicas, animales y vegetales, algo no demasiado alejado de la postura tardía de Linneo.⁸⁸ En un artículo de síntesis acerca de la teoría de la evolución publicado en *Études*, de Sinéty dedica un párrafo a las críticas a las teorías antropológicas de Ameghino,

⁸⁵ A. Hunter Dupree, "Christianity and the Scientific Community in the Age of Darwin", en David C. Lindberg y Ronald L. Numbers (eds.), *God and Nature*. Berkeley: University of California Press, 1986, págs. 351-368.

⁸⁶ Irina Pordgorny, "Frente a la tumba del sabio. Florentino Ameghino y la 'santidad' del científico en el Plata", *Ciencia Hoy* 8 (47), 1998, 28-37.

⁸⁷ Barry Brundell, "Catholic Church politics and evolution theory, 1894-1902", *British Journal for the History of Science* 34 (2001): 81-95.

⁸⁸ Robert de Sinéty, "Transformisme", en A. D'Alès (ed.), *Dictionnaire Apologétique de la Foi Catholique*, 14a ed. (París: Gabriel Beauchesne, 1922), vol. IV, cols. 1793-1848.

pero Blanco en ningún caso menciona este trabajo.⁸⁹ También es dable mencionar que los años en que se desarrolló esta polémica fueron los de Benedicto XV (1914-1922) y el comienzo del pontificado de Pío XI, cuando la sombra de la reacción anti-modernista del pontificado de Pío X no se había disipado del todo.⁹⁰ En esas décadas Roma mantuvo una actitud anti-evolucionista que no se flexibilizó sino hasta la *Humani generis* (1950) de Pío XII, acompañaba por un igualmente cerrado rechazo al método histórico-crítico que recién comenzó a relajarse un tanto con la *Divino Afflante Spiritu* de 1943, promulgada también por Pío XII.⁹¹

La situación en Argentina era curiosa. Por supuesto que el corazón del problema era la antropología de Ameghino que, unida al fenómeno de la escuela de estricta observancia que dejó atrás, contribuyó a establecer las condiciones de posibilidad teóricas del fraude de Miramar. Parte de las furibundas respuestas de los grupos socialistas y anticlericales, que se autocomprendían como la alta ciudadela de la ciencia, se debieron a que contemplaban cómo sus tradicionales banderas les eran arrebatadas por un personaje que subordinaba la ciencia a la metafísica y la religión. De hecho, fue el antievolucionismo de Blanco el que lo llevó a ser el más público denunciador de una impostura científica, fomentada por gran parte del *establishment* paleontológico y antropológico de nuestro país.⁹²

Darwin es el gran ausente en las controversias que acabamos de ver, en las que el nombre del autor de *El origen de las especies* apenas se menciona por su valor simbólico. Una figura paterna más relevante en este drama casi doméstico fue Haeckel. Este es el período que Peter Bowler, usando una frase de Julian Huxley, denominó "el eclipse del darwinismo".⁹³ La controversia también sugiere que en la transición entre la segunda y la tercera década del siglo XX, el tema de la evolución en nuestro país estaba atado a personajes, temas, disciplinas y estilos de comunicación que habían sido forjados durante el siglo XIX. Precisamente en los años en que Blanco y los ameghinistas se trenzaban en polémicas que oscilaban entre la discusión científica y el conventillo, Ronald Fisher

⁸⁹ Robert de Sinéty, "Bulletin de philosophie biologique. Les preuves et les limites du transformisme", *Études* 127 (1911): 660-696, págs. 687-688.

⁹⁰ Roger Aubert, "La crisis modernista", en Hubert Jedin (ed.), *Manual de Historia de la Iglesia*. Barcelona: Herder, 1988, VIII: 586-668.

⁹¹ Rivas, "La 'Cuestión Bíblica'" y Miguel de Asúa, *De cara a Darwin. La teoría de la evolución y el cristianismo*. Buenos Aires: Lumen, 2009, cap. 7.

⁹² En este sentido, es el artículo de Tonni y colaboradores es el que llama a las cosas por su nombre.

⁹³ Peter J. Bowler, *The Eclipse of Darwinism*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1983.

en Cambridge y Thomas Hunt Morgan en Columbia abrían —por senderos muy separados— el camino hacia la síntesis neodarwiniana.⁹⁴ Conviene no perder esto de vista, si deseamos apreciar la dimensión del salto que para la ciencia en la Argentina constituyó la figura de Houssay, que se hizo cargo del Instituto de Fisiología en 1918, o, en menor escala, lo que significó el fallido Instituto de Física (teórica) de La Plata, creado en 1910.

El período que abarcamos, la década entre 1915 y 1925, concluye cuando Blanco publicó el último artículo sobre evolución en *Estudios*. En una posible periodización del largo proceso de reasimilación del darwinismo por parte de los sectores católicos educados, la actuación de Blanco sucedió a una etapa previa correspondiente a la reacción de los intelectuales católicos entre 1860 y 1890. En estos años, autores como Darwin, Haeckel y Spencer eran condenados como los forjadores de filosofías materialistas y naturalistas por parte de los católicos empeñados en la polémica política o periodística (como los abogados José Manuel Estrada y Manuel Dídimo Pizarro o el joven médico de Santa Fe Pedro S. Alcácer). En la década de 1880, el tema de la teoría de la evolución fue modulado por los laicos católicos como un elemento más del conocido conflicto entre estos y el gobierno de Roca, debido a la creciente y agresiva política laicista de dicha administración.⁹⁵ En efecto, el carácter del enfrentamiento entre los católicos y los evolucionistas sarmientinos y de la llamada generación del ochenta era parte del más amplio enfrentamiento ideológico-político del proceso de secularización de la Argentina.

Tres años más tarde que el P. Blanco concluyera su serie de artículos, el naturalista de La Plata Emiliano MacDonagh comenzó a publicar sus propios artículos en la revista *Criterio*. Con MacDonagh comienza una nueva etapa del encuentro entre el darwinismo y los católicos en Argentina. De nuevo fue un laico el que lideró la discusión desde el ámbito confesional hasta mediados de la década de 1950. Pero a diferencia del P. Blanco, en este caso se trata de un naturalista con formación universitaria y prestigio académico —MacDonagh fue director del Museo de La Plata. Más aun, hubo un giro importante, ya que MacDonagh, quien conocía en profundidad a Darwin y en tanto zoólogo entendía muy bien de qué se estaba hablando, escribía en la línea de lo

⁹⁴ Garland Allen, *La ciencia de la vida en el siglo XX*, trad. por Francisco González Aramburu. México: Fondo de Cultura Económica, 1983, págs. 108-167.

⁹⁵ Miguel de Asúa, "Abogados, médicos y monos. Darwin y los católicos en Argentina del siglo XIX", en idem (dir.), *Los significados de Darwin* (Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 2009), págs. 39-51.

que en la década de los años 30 se denominaba evolucionismo cristiano.⁹⁶

Finalmente, la acción del P. José M. Blanco debe entenderse como la de un polemista católico en varias temas que, si bien en general eran afines a las ciencias de la vida, también las excedían, como es el caso con el artículo literario sobre la Virgen María. Desde una postura general que ya en ese momento varios estudiosos jesuitas consideraban equivocada, Blanco colaboró con su testimonio a echar luz sobre un asunto que sin duda ensombreció la tradición científica de nuestro país.

⁹⁶ Miguel de Asúa, "A propósito del evolucionismo en *Criterio*", *Criterio*, año 82, n° 2346, 2009, págs. 97-103.